

fensa del suelo germánico y aun contribuía con su vergonzosa complacencia á atraer sobre el país la invasión extranjera. Y hasta sostenían que por el derecho germánico estaba ella misma obligada á intervenir para impedir que los franceses ocupasen el Hannóver. Ciertamente, según los principios rigurosos del derecho de gentes ninguna razón tenían estos príncipes: porque los Estados alemanes, aunque unidos entre sí por un vínculo federativo, conservaban el derecho individual de paz y de guerra, y cada cual podía á su cuenta y riesgo estar en paz ó en guerra con una potencia sin que la confederación tuviese que ponerse con ella en el mismo estado. Muy singular en efecto hubiera sido que el rey Jorge III hubiera podido considerarse en guerra por parte de la Inglaterra, que es inaccesible, y en paz por parte de Hannóver, que no lo es. Semejante modo de interpretar el derecho público hubiera sido demasiado cómodo, y siempre que se quería echar mano de esta doctrina respondía el primer cónsul con un apólogo tan verdadero como ingenioso. «Entre antiguos, decía, se concedía el derecho de asilo á ciertos templos; un esclavo que trataba de refugiarse en uno de ellos iba ya á penetrar en sus umbrales, cuando fué cogido por el pie. Se respetó el antiguo derecho establecido, no se sacó al esclavo de su asilo, pero se le cortó el pie que había quedado fuera del templo.» La Prusia, pues, negociaba antes de pronunciarse definitivamente acerca de la ocupación del Hannóver, que fuera de eso tenía anunciada ya el primer cónsul como cercana y segura.

El reciente rompimiento acaecido entre la Francia y la Inglaterra sorprendía de una manera desagradable á la corte de Rusia por causa de los asuntos que ésta tenía á la sazón entre manos. Acababa de dar el joven emperador un paso más hacia la consecución de sus miras y de conceder mayor intervención á sus jóvenes amigos en los negocios del imperio. Agradeciendo los servicios prestados al príncipe de Kourakín, llamó para presidir su consejo de ministros á un personaje notable, que fué Mr. de Woronzoff, hermano del embajador de Rusia en Londres. Dió á Mr. de Woronzoff el título de canciller y ministro de Negocios extranjeros, y dividió la administración del Estado en ocho departamentos ministeriales. Se dedicó á poner al frente de estos diversos departamentos hombres de mérito reconocido, pero cuidando de colocar junto á ellos, en calidad de adjuntos, á sus amigos Czartoryski, Strogonoff y Nowosiltzoff. El príncipe Adán Czartoryski era el adjunto de Woronzoff en el ministerio de Negocios extranjeros, y como éste por causa de su quebrantada salud se retiraba á menudo con licencia á sus haciendas, el príncipe Adán quedaba exclusivamente encargado de las relaciones exteriores del imperio. Strogonoff era el adjunto del ministro de la Justicia, y Nowosiltzoff del de lo Interior, cuyo ministro en propiedad era el príncipe de Kotschoubey, el más entrado en años de los amigos personales del emperador.

Estos ocho ministros debían deliberar reunidos sobre todos los negocios del Estado y dar cuenta anual de ellos al senado. El hacer deliberar á los ministros era ya una innovación considerable, pero más aún el obligarles á dar cuentas al senado. El emperador Alejandro miraba este cambio como un gran paso hacia las

instituciones de los países libres y civilizados. Ocupado en sus reformas interiores, le fué muy penoso verse otra vez llamado al campo inmenso y peligroso de la política europea, y así se lo manifestó á los representantes de las dos potencias beligerantes. Estaba disgustado con la Inglaterra, cuyas orgullosas pretensiones, cuya evidente mala fe acerca del negocio de Malta turbaban de nuevo la paz de Europa; estábalo también con la Francia, pero por otros motivos diversos. Había hecho ésta poco caso de la demanda de una indemnización para el rey del Piamonte, tan ahincadamente solicitada: además, al conceder una influencia aparente á la Rusia en los asuntos germánicos, se había reservado para sí de una manera hartamente patente toda la influencia positiva. Háblalo advertido el joven emperador, el cual, ganoso de renombre en sus pocos años, empezaba á mirar con cierto disgusto la gloria del grande hombre que dominaba al Occidente. Así, pues, la corte de Rusia se mostraba dispuesta á un descontento general con todos. Deliberó el emperador con sus ministros y privados, y decidió que se ofreciera la mediación de la Rusia invocada por la Francia abiertamente; que se procuraría con esto evitar una conflagración universal; que al mismo tiempo se diría la verdad á todo el mundo; no se ocultaría á la Inglaterra cuán poco legítimas eran sus pretensiones sobre Malta, y se haría conocer al primer cónsul la necesidad de cumplir por último con el rey del Piamonte y de dejar en paz durante esta nueva guerra á las potencias secundarias que constituían la clientela de la corte de Rusia.

En consecuencia el gabinete ruso, hablando con el general Hedouville por conducto de Mr. de Woronzoff, y con Mr. de Talleyrand por conducto de Mr. de Markoff, manifestó su mucho desagrado por el nuevo trastorno ocasionado á la paz general por las ambiciones rivales de Francia y de Inglaterra. Reconoció que las pretensiones de Inglaterra sobre Malta eran infundadas, pero significó que las empresas continuas de la Francia habían podido dar origen á aquellas pretensiones sin disculparlas por eso, y añadió que haría bien la Francia de moderar su acción en Europa si no quería hacer la paz imposible para todas las potencias. Ofreció la mediación de la Rusia por muy penoso que para ella fuera el entrometerse en disputas y contiendas que, extrañas para ella hasta entonces, concluirían quizá por llegarle á ser personales si en ellas tomaba parte. Y concluyó diciendo que si á pesar de su buena voluntad sus esfuerzos para restablecer la paz se malograban, esperaba el emperador que la Francia guardaría la debida consideración á los amigos de la Rusia, especialmente al reino de Nápoles, aliado suyo desde el año 1798, y al reino de Hannóver, garantido por ella á título de Estado alemán. Tal fué el sentido de las comunicaciones del gabinete ruso.

La juventud criada en la disipación es comunmente frívola en su lenguaje; la juventud educada de una manera grave, es por inclinación dogmática, porque lo más difícil para ella es el medio en las cosas. Esto explica por qué los jóvenes gobernantes de la Rusia pretendían dar lecciones á los dos gobiernos más poderosos del globo, regido el uno por un grande hombre y el otro por grandes inspiraciones. Excitaron en el primer cónsul la sonrisa, porque de mucho tiempo atrás había pe-

netrado toda la inexperiencia y la presunción del gabinete ruso; pero como sabía dominarse cuando convenía á sus vastos designios, no quiso complicar los negocios del continente y producir en el Rhin una guerra que le distrajerse de la que preparaba en las riberas de la Mancha. Admitiendo como sin notarlo las lecciones que le enviaban de San Petersburgo, resolvió satisfacer á las censuras del joven zar constituyéndole árbitro absoluto de la gran contienda que ocupaba al mundo.

Hizo por lo tanto ofrecer al gabinete ruso, por medio de Talleyrand y del general Hedouville, que formularía un compromiso, en cuya virtud se obligaba á obedecer cualquiera que fuese la decisión del emperador Alejandro, confiado enteramente á su justicia. En esa proposición había tanto juicio como malicia: si la Inglaterra la rehusaba era lo mismo que declarar que desconfiaba, ó bien de su causa, ó bien del emperador Alejandro; declaraba su sinrazón, y autorizaba al primer cónsul á moverle una guerra á muerte. La exclusión de todos los puertos que estaban bajo la influencia de la Francia y la ocupación de todos los países que le pertenecían venían á ser la consecuencia legítima de esta guerra. No obstante, en lo concerniente á los reinos de Nápoles y del Hannóver, tomando el primer cónsul el tono decidido que convenía á sus planes, declaró que haría todo lo que exigiese la guerra que se le había suscitado y que no había comenzado él por su parte.

Después de adoptar la posición que creyó preferible entonces con respecto á las potencias del continente, procedió el primer cónsul acto continuo á las ocupaciones ya dispuestas y anunciadas. El general Saint-Cyr, que estaba en la Romanía, ocupaba á Faenza con una división de quince mil hombres y un material de artillería considerable, cual era menester para armar la rada de Tarento, y recibió el orden, que cumplió inmediatamente, de atravesar el Estado Romano para trasladarse al otro extremo de Italia, pagando en su marcha todo lo que tomara para no indisponer al Padre Santo. Según el convenio celebrado con la corte de Nápoles, las tropas francesas se debían sostener por cuenta de la administración napolitana. El general Saint-Cyr, á quien el primer cónsul juzgaba con justicia como uno de los primeros generales de la época, especialmente cuando obraba por sí solo, se hallaba en una posición embarazosa en medio de un reino enemigo; pero era capaz de arrostrar toda clase de dificultades. Sus instrucciones por otra parte le dejaban una latitud inmensa. Estábale prescrito que dejase las Calabrias á la primera señal de una insurrección y se dirigiese sobre la capital del reino, pues habiendo conquistado á Nápoles ya una vez, sabía mejor que otro alguno el camino para entrar en ella victorioso.

Hizo además el primer cónsul ocupar á Ancona después de haber dado al papa todas las satisfacciones que podían suavizar este disgusto. La guarnición francesa debía pagar religiosamente todo el consumo que hiciera, y no turbar en lo más mínimo el gobierno civil de la Santa Sede; antes bien auxiliarle en caso necesario contra los perturbadores del orden.

Al mismo tiempo se despacharon órdenes para la invasión del Hannóver. Las negociaciones de la Prusia quedaron infructuosas. La Inglaterra había declarado

que bloquearía el Elba y el Wéser si se tocaba á los Estados de la casa de Hannóver, ya fuese con prusianos ó con franceses. Esta pretensión era ciertamente de la mayor injusticia; que impidiese al pabellón francés circular por el Elba y por el Wéser, nada más legítimo; pero que detuviese y paralizase el comercio de Bremen y de Hamburgo sólo porque los franceses habían invadido el territorio en medio del cual se hallaban aquellas ciudades situadas; que exigiese que la Alemania entera arrostrase una guerra con la Francia por los intereses de la casa de Hannóver; que la castigase por una inacción forzosa arruinando su comercio, era la conducta más inicua. La Prusia se vió reducida á lamentarse amargamente de la injusticia de semejante proceder, y á tolerar por último el pabellón británico en las desembocaduras de los ríos alemanes, así como la presencia de los franceses dentro de Hannóver. Ya que su comercio había de sufrir en todos los casos aquel interdicto, cesaba su interés de encargarse de la ocupación de ese territorio. Hízole manifestar el primer cónsul su sentimiento, prometiéndole no traspasar el límite del Hannóver, pero se disculpó de aquella invasión con las necesidades de la guerra y con las inmensas ventajas que conseguía con cerrar á los ingleses las dos vías comerciales más grandes del continente.

El general Mortier recibió orden de adelantar. Habíase trasladado con veinticinco mil hombres á la extremidad del Norte de la Holanda sobre la frontera del obispado inferior de Múnster, que desde las secularizaciones pertenecía á la casa de Aremberg, cuyo consentimiento era seguro. De su territorio se pasaba al del obispado de Osnabruck recientemente agregado al Hannóver, y del territorio de Osnabruck al Hannóver mismo; por consiguiente no había necesidad de pasar por el territorio prusiano, lo cual era un miramiento indispensable con la corte de Prusia. Recomendó el primer cónsul al general Mortier que tratase bien á los países que atravesase, y especialmente que usase de toda consideración con las autoridades prusianas, cuyo encuentro era inevitable en toda la frontera del Hannóver. Este general, tan juicioso y probo como valiente, era muy al caso para cumplir tan difícil encargo. Empezó su marcha atravesando los áridos arenales y los matorrales pantanosos de Frisia y de la Westfalia inferior, penetró por Meppen en el Hannóver y llegó en el mes de junio á las orillas del Hunta. El ejército hannoveriano ocupaba á Diephol. Después de varios encuentros de caballería se replegó á espaldas del Wéser. Aunque compuesto de excelentes soldados, sabía que toda resistencia era imposible y que no conseguiría sino atraer desgracias sobre el país obstinándose en combatir; por lo cual ofreció capitular honrosamente, y accedió de grado el general Mortier. Convínose en Suhlingen en que el ejército hannoveriano se retiraría con armas y bagajes detrás del Elba; que se comprometería bajo palabra de honor á no servir en la presente guerra, á no ser canjeado con un número igual de prisioneros franceses; que la administración del país y la percepción de sus rentas pertenecerían á la Francia, salvo el respeto debido á los individuos, á las propiedades particulares y á los diversos cultos.

Este convenio, que tomó el nombre de convenio de Suhlingen, fué remitido al primer cónsul y al rey de In-



glattera para su doble ratificación. El primer cónsul dió al punto la suya por no reducir á la desesperación al ejército hannoveriano imponiéndole condiciones más duras; pero el viejo Jorge III, cuando le presentaron aquel mismo convenio, montó en cólera de tal modo, que se asegura llegó hasta el punto de arrojárselo á la cara al ministro que se lo presentó. Aquel viejo rey en sus sombrías meditaciones había considerado siempre al Hannover como el último asilo de su familia, de la cual había sido su cuna. La invasión de sus Estados patrimoniales le hizo entregarse á la desesperación, y se negó á firmar el convenio, exponiendo á sus soldados hannoverianos á la cruel alternativa de entregar las armas ó dejarse matar todos. Su gabinete dió por excusa de tan singular determinación que el rey quería permanecer extraño á todo cuanto se emprendía contra sus Estados; que ratificar aquel convenio era adherirse á la ocupación del Hannover; que esta ocupación era una violación del territorio germánico, y que apelaba á la Dieta contra la violencia hecha á sus súbditos. Este extraño modo de argumentar era el menos sostenible bajo todos aspectos.

Cuando llegó al Hannover esta noticia, quedó consternado todo el valiente ejército que mandaba el mariscal de Walmoden. Hallábase tendido al otro lado del Elba en medio del país de Lunemburgo, establecido en una posición fortificada y resuelto á defender su honor. El ejército francés, que en los tres últimos años no había disparado un solo tiro, no anhelaba por su parte otra cosa más que empeñar un glorioso combate. No obstante, prevaleció el consejo más prudente. El general Mortier, que reunía á su valor sentimientos humanos y generosos, hizo cuanto pudo para mejorar la suerte de los hannoverianos: no exigió que se entregasen prisioneros de guerra; se contentó solamente con que se los licenciase, y convino con ellos en que dejarían sus armas en el campo y se restituirían á sus hogares prometiendo no volverse á armar ni reunir nunca. El material de guerra contenido en el reino, que era muy considerable, quedó á disposición de los franceses. Declaráronse de la pertenencia de éstos las rentas del país, así como las propiedades del elector de Hannover. Entre estas propiedades se contaban los hermosos caballos padres de la raza hannoveriana, que fueron enviados á Francia. La caballería quedó desmontada, y entregó tres mil quinientos caballos arrogantes, que se destinaron á la remonta de la caballería francesa.

El general Mortier no se apoderó sino de un modo muy indirecto de la administración del país, y dejó su mayor parte en manos de las autoridades locales. El Hannover podía muy bien mantener treinta mil hombres no apremiándole mucho, y esta fué la fuerza que se proyectó conservar en él, y de la cual se prometió al rey de Prusia no exceder nunca. Para evitar los largos rodeos de la Holanda y de la Westfalia inferior, se solicitó de este monarca que consintiese en que se estableciera, atravesando el territorio prusiano, una ruta militar dividida en etapas, pagando escrupulosamente á los contratistas designados de antemano la manutención de las tropas que se dirigiesen al Hannover ó que vinieran de retorno. Accedió el rey de Prusia para complacer al primer cónsul; desde entonces se establecieron las comunicaciones directas, y sirvieron para enviar un

número considerable de jinetes que iban á pie y volvían con tres caballos, uno que montaban y dos que llevaban de mano. La posesión de esta parte de Alemania fué muy útil á nuestra caballería, y sirvió en breve para que llegase esta arma á ser excelente por lo tocante á los caballos, como lo era ya con respecto á los jinetes.

Mientras se ejecutaban estas diversas ocupaciones, seguía el primer cónsul haciendo sus preparativos en las riberas de la Mancha. Hacía comprar efectos navales en Holanda, y especialmente en Prusia, para hallarse provisto antes que las disposiciones de esta última potencia, en la cual no se podía confiar mucho, produjesen por resultado el que se negara completamente á suministrar provisiones. Construíanse barcos chatos de todas dimensiones en el Gironda, en el Loira, en el Sena, en el Soma y en el Escalda; ocupábanse millares de trabajadores en la corta de árboles del litoral; todas las fundiciones de la república estaban en actividad fabricando morteros, obuses y artillería de mayor calibre. Los habitantes de París veían construir un centenar de chalupas en los muelles de Bercy, de los Inválidos y de la Escuela Militar, y todos empezaban á persuadirse de que una actividad tan prodigiosa no podía ser un mero amago destinado solamente á causar temor á la Inglaterra.

Habiase propuesto el primer cónsul pasar á las costas de la Mancha, así que las construcciones navales que se habían emprendido en todas partes estuviesen algo más adelantadas y hubiese él ordenado los negocios más urgentes. El cuerpo legislativo había empleado sus sesiones tranquilamente en conceder al gobierno una ciega aprobación de su conducta diplomática con respecto á la Inglaterra, á prestarle el apoyo moral más completo, á votarle el presupuesto cuyas principales disposiciones vimos arriba, y finalmente, á discutir sin ruido, pero con reflexión y madurez, los primeros títulos del código civil. Ya en aquella época no era el cuerpo legislativo más que un gran consejo extraño á la política y únicamente consagrado á los negocios.

Desembarazado el primer cónsul desde los últimos días de junio, proponíase recorrer todas las costas hasta Fleisinga y Amberes, visitar la Bélgica que aún no había visto, los departamentos del Rhin que le eran desconocidos, y hacer en suma un viaje militar y político. Madama Bonaparte debía acompañarle para compartir con él los honores que le estaban reservados. Entonces fué cuando por primera vez pidió al ministro del Tesoro público los diamantes de la corona confiados á su custodia para hacer de ellos tocados para su esposa. Ideaba presentarse en los nuevos departamentos y en la misma orilla del Rhin con atavíos de soberano, puesto que como tal se le consideraba desde que era cónsul perpetuo autorizado para nombrarse un sucesor. Sus ministros estaban citados unos en Dunkerque, otros en Lila, Gante, Amberes y Bruselas, y en estas mismas ciudades estaban invitados á visitarle los embajadores extranjeros. Debiendo presentarse en poblaciones que profesaban un catolicismo ferviente, juzgó oportuno mostrarse á ellas acompañado por el legado del papa. El cardenal Caprara, á pesar de su avanzada edad y sus achaques, á la mera insinuación de este deseo, se decidió, después de obtener permiso del papa, á aumentar la comitiva consular en los Países Bajos, é inmedia-

tamente se despacharon órdenes para que este príncipe de la Iglesia fuese recibido de una manera espléndida.

Visitó primeramente á Compiègne, donde se hacían construcciones en las riberas del Oise; de allí pasó á Amiéns, Abbeville y Saint-Valery, donde también se hacían construcciones á orillas del Soma. Fué recibido con júbilo y con honores enteramente regios. Ofrecióle la ciudad de Amiéns, según su antigua costumbre, cuatro cisnes de deslumbrante blancura, que envió él al jardín de las Tullerías. Doquiera que se presentaba se manifestaba al punto el amor á su persona, el odio á los ingleses y el celo más ardiente por combatir y vencer á estos antiguos enemigos de la Francia. Oía á sus autoridades y á los habitantes con bondad extremada, pero toda su atención estaba evidentemente fija en el grande objeto que á la sazón le ocupaba. Atraían su ardiente solicitud de una manera exclusiva los astilleros, los almacenes, las provisiones de todo género; visitaba á las tropas que empezaban á aglomerarse hacia la Picardía, inspeccionaba su equipo, acariciaba á los veteranos cuyos semblantes reconocía, y los dejaba llenos de confianza en su vasta empresa.

Apenas terminaba estas visitas, volvía á su habitación, y aunque rendido de fatiga, dictaba una multitud de órdenes que aún existen para enseñanza eterna de los gobiernos encargados de grandes preparativos. En una parte el Tesoro había retrasado la remesa de fondos á los contratistas; en otra el ministro de la Marina se había descuidado de enviar efectos navales; aquí la dirección de bosques por cumplir con diversas formalidades había retrasado la corta de maderas; allá, finalmente, la artillería no había enviado las piezas ó las municiones necesarias; el primer cónsul reparaba todos estos descuidos ó vencía todos los obstáculos con el poder de su voluntad. De este modo llegó á Bolonia, centro principal á que iban encaminados sus esfuerzos y punto de partida presunto de la grande expedición proyectada contra la Inglaterra.

Llegaba el momento de dar á conocer por menor el inmenso armamento imaginado para transportar ciento cincuenta mil hombres al otro lado del estrecho de Calais, con el número de caballos, cañones, municiones y víveres consiguientes á semejante ejército. La simple operación de transportar veinte ó treinta mil hombres allende los mares es ya de suyo grande y dificultosa, y así lo prueban la expedición de Egipto verificada hace cincuenta años y la expedición de Argel consumada en nuestros días; pero ¿cuál será la empresa si es menester desembarcar á ciento cincuenta mil soldados, diez ó quince mil caballos, y trescientas ó cuatrocientas piezas con sus tiros? Un navío de línea puede contener por término medio seiscientos ó setecientos hombres, siempre que la travesía sea de unos cuantos días; una fragata grande sólo puede contener la mitad. Se necesitarían, pues, para embarcar aquel ejército lo menos doscientos navíos de línea, es decir, una fuerza naval quimérica, y que en todo caso sólo podría hacer imaginable la alianza de la Francia y de la Inglaterra para un mismo fin. Hubiera sido por consiguiente una empresa imposible el pretender poner ciento cincuenta mil hombres en Inglaterra si ésta se hubiera hallado tan distante como el Egipto ó la Morea; pero no había que cruzar más que el estrecho de Calais, es decir, de

ocho á diez leguas marinas, y para semejante travesía no había necesidad de emplear buques de línea, ni siquiera hubiera sido posible servirse de ellos caso de tenerlos, porque desde Ostende al Havre no hay un solo puerto capaz de recibirlos, ni en la costa opuesta hubieran tenido donde poder aportar á menos de desviarse mucho.

Atendidas, pues, la travesía y la naturaleza de los puertos, siempre prevaleció en los ánimos la idea de los buques pequeños, los cuales por otra parte eran suficientes para los accidentes de mar que había peligro de correr. Algunas observaciones muy prolijas hechas en las costas habían conducido á descubrir estos accidentes y á determinar la clase de buques más á propósito para el objeto. En verano, por ejemplo, hay en la Mancha calmas casi absolutas y de bastante duración para poder contar con cuarenta y ocho horas de esta misma especie de tiempo. Otras tantas horas, poco más ó menos, se necesitaban, no para pasar, sino para hacer salir de los puertos la inmensa flotilla de que se trataba. Durante esta calma, condenados los cruceros ingleses á la inmovilidad, los buques construídos para navegar con remo y con vela podían pasar impunemente aún por delante de una escuadra enemiga. También el invierno ofrecía sus épocas favorables; las densas brumas de la estación fría que no solía coincidir sino con vientos leves ó casi nulos, ofrecían asimismo un medio de hacer la travesía á vista de una fuerza enemiga inmóvil ó bien ofuscada por la niebla. Finalmente, había otra circunstancia favorable, que era la de los equinoccios. Sucede frecuentemente que después de los huracanes del equinoccio cae el viento de repente, y deja el tiempo necesario para atravesar el estrecho antes que vuelva á él la escuadra enemiga que se ve precisada á engolfarse durante la tempestad. Tales eran las circunstancias generalmente designadas por los marinos que habitaban en las orillas de la Mancha.

Había un caso en el cual, cualquiera que fuese el tiempo, se podía siempre en toda estación, á menos de sobrevenir una tempestad, cruzar el estrecho; esto era cuando por medio de acertadas maniobras se hiciera entrar en el canal de la Mancha, por unas cuantas horas, una grande escuadra de línea; en este caso la escuadrilla protegida por dicha escuadra podía hacerse á la vela sin temor alguno de los cruceros enemigos.

Pero este caso de introducir una grande escuadra francesa entre Calais y Douvres dependía de tan difíciles combinaciones, que no era razonable contar con él. Hasta era preciso construir la escuadrilla de transporte de modo que, en la apariencia al menos, demostrase no haber menester de fuerzas auxiliares, porque si su construcción hubiera revelado que le era imposible permanecer en el mar sin una escuadra de socorro, inmediatamente hubiera descubierto el enemigo el secreto de esta grande operación. Una vez advertido, reconcentraría todas sus fuerzas navales en el estrecho, é imposibilitaría cualquier maniobra que las escuadras francesas hiciesen para entrar en él. A las consideraciones sacadas de la naturaleza de los vientos y de la mar en el estrecho, se agregaban otras nacidas de la forma de las costas. Todos los puertos franceses del estrecho eran varaderos, por cuanto quedaban en seco durante la marea baja, y en la pleamar no ofrecían más